

rente amor por los hijos se muestra como símbolo de Dios. En suma, pues, para Kant la analogía, en tanto representación humana de lo Absoluto, desemboca en la cuestión del símbolo, tesis que, cabe destacar, es uno de los puntos más importantes del libro de Seguró. Una obra que pone sobre la mesa la cuestión del fundamento del pensamiento humano y las paradojas que lo acechan. Por eso la metafísica siempre es relevante.

Martín ARIAS ALBISU

GALVÁN, V. (Coord.): *El evangelio del diablo. Foucault y la Historia de la locura*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013, 286 p.

El evangelio del diablo. Con este título intempestivo, Valentín Galván junto con otros estudiosos de la obra de Foucault, saca a la luz este interesante texto bajo la editorial “Biblioteca Nueva”, cuyo subtítulo reza: *Foucault y la Historia de la locura*.

Transcurridos ya algo más de cincuenta años de la publicación de la tesis doctoral de Michel Foucault en 1961, que llevaba por título *Historia de la locura*, parece más que oportuno preguntarse por sus diferentes lecturas y repercusiones, modulaciones, destinos etc. a lo largo de este tiempo.

El texto está dividido en dos partes, que son inauguradas, por una conferencia y una entrevista transcritas inéditas de Foucault, *Historia de la locura y antipsiquiatría* (1973) y *No existe cultura sin locura* (1961).

La primera parte se compone de una serie de elaboraciones teóricas, que se nos presentan como las más fundamentales de la *Historia de la locura*; y la segunda parte, constituye un apartado dedicado a recoger las

diferentes recepciones de la obra, así como sus distintos movimientos antiinstitucionales que se han localizado en diferentes países.

Gran estudioso del pensamiento foucaultiano, Valentín Galván es profesor de filosofía en Sevilla, en la universidad Pablo de Olavide. En este caso, será el coordinador de este ensayo, y también autor del capítulo XV, ubicado en la segunda parte de la obra, dedicado a la recepción de la célebre obra foucaultiana en España.

Naturalmente, para este ensayo, Galván cuenta con la participación de prestigiosos investigadores que completan el resto de capítulos. Éstos son: P.A. Rovatti, M. Colucci, G. Leyva, M. Canavese, C. Candiottio y V. Portocarrero.

El evangelio del diablo pretende trazar las líneas de contorsión de un texto que jamás se consideró completo ni definitivo por parte del propio Michel Foucault. Así, en el prólogo de su obra de 1961 dirá “Quiero que este objeto-acontecimiento, casi imperceptible entre tantos otros, se re-copie, se fragmente, se repita, se imite, se desdoble y finalmente desaparezca sin que aquel a quien le tocó producirlo pueda jamás reivindicar el derecho de ser su amo, de imponer lo que se debe decir, ni de decir lo que debe ser. En suma, quiero que un libro no se dé a sí mismo ese estatuto de texto al cual bien sabrán reducirlo la pedagogía y la crítica; pero que no tenga el desparpajo de presentarse como discurso: a la vez batalla y arma, estrategia y choque, lucha y trofeo o herida, coyuntura y vestigios, cita irregular y escena respetable.”¹

Desde luego, para comprender la importancia que tuvo dicha obra de Foucault en nuestro país, sería muy conveniente describir las líneas más generales que se exponen en el capítulo XV que dedica V. Galván a la recepción en España de la obra citada.

¹ Foucault, M. *Historia de la locura en la época clásica*. Parte I. Trad. Juan José Utrilla. Ed. Fondo de cultura económica, México, 2012, p.9

En el caso particular de nuestro país, no es posible separar las interpretaciones foucaultianas de la transición política. Las nuevas expectativas e ilusiones de los movimientos de izquierda, pretendían afianzar cada vez más la ruptura con el régimen dictatorial. De este modo, surgen entre los años 60 y 70 los filósofos analíticos y dialécticos, junto con otro grupo de pensadores que podría calificar como neo-nietzscheanos.

La recepción en filosofía la encontramos en Eugenio Trías, quien escribió varios trabajos sobre la repercusión de Foucault; y en el campo de la sociología, será de la mano de Fernando Álvarez-Uría de quien encontraremos los análisis más minuciosos de corte sociológico.

Por otro lado, se producen una serie de movimientos que comienzan a cuestionar las instituciones psiquiátricas, y que van de la mano de los textos de autores como Thoman Szasz, Erving Goffman, Laing etc. Así pues, el psiquiatra Ramón García comienza a dar a luz los primeros textos antiinstitucionales y antipsiquiátricos.

La Coordinadora psiquiátrica coexistió con la Asociación Española de Neuropsiquiatría. Ésta última, supuso una ayuda muy importante en cuanto a las intenciones cada vez más vivas de reforma de la asistencia psiquiátrica.

A parte del psiquiatra ya mencionado, Ramón García, encontramos una serie de psiquiatras críticos que no son menos dignos de mención, a saber: Julián Espinosa, Enrique González Duro, Manuel González de Chávez y Guillermo Rendueles. Así, volviendo a citar a uno de ellos como ejemplo, González Duro se cuestionó si la psiquiatría era realmente una disciplina en vistas al orden socio-político, y concluirá que la psiquiatría sería cualquier cosa menos una ciencia liberadora.

Otro dato más que podríamos conceder aquí, sería las jornadas que se dedicaron para intentar lograr modificar las instituciones psiquiátricas en el Colegio de Médicos de Madrid.

Además de esta descripción de la recepción en España de la obra foucaultiana, también encontramos en la obra coordinada por Valentín Galván, un buen elenco de registros sobre su recepción en otras áreas geográficas como Inglaterra, América del Norte, México etc.

Por último, nos contentaremos con citar lo más destacado de los textos inéditos de Foucault que en esta obra se encuentran.

En *Historia de la locura y antipsiquiatría*, Foucault pone de relieve una vez más esa voluntad de verdad que nos lleva a buscarla como algo independiente de las zonas geográficas y de los momentos cronológicos. De este modo, el hospital psiquiátrico sería en lugar de producción de la “verdad” sobre la enfermedad mental, y por tanto, ante esta “voluntad de verdad” del discurso psiquiátrico se opondrá la antipsiquiatría, que por su parte poseerá tantas variantes como distintas posibilidades existan de modificar las relaciones de poder que se hayan enclaustradas desde tiempos atrás, entre el médico, el enfermo y la producción de la verdad sobre la locura. Foucault llega a distinguir y a distinguir cuatro modos de antipsiquiatría.

Finalmente, en relación al texto *No existe cultura sin locura*, Foucault comienza de un modo impactante y sin reticencias afirmando que “la locura era un fenómeno de civilización tan variable y cambiante como cualquier otro fenómeno cultural”.

Puesto que en toda sociedad hay locura, Foucault se propuso investigar la reacción que tuvo la época clásica ante este fenómeno que parecía oponerse muy drásticamente al racionalismo de los siglos XVII y XVIII. Pues mientras en la sociedad del autor francés la locura ha sido confiscada por el curso médico, en los siglos XVII y XVIII no fue así en modo alguno. Más bien, el loco lejos de ser un enfermo mental era un elemento más de exclusión social que terminaron siendo encerrados junto con otros marginados.

De recomendada lectura, *El evangelio del diablo*, resulta un texto muy provechoso para cualquier estudiante interesado en el pensamiento foucaultiano, y por supuesto, para arrojar más luz a los investigadores más ambiciosos que quieran profundizar más en las repercusiones que ha tenido *Historia de la locura* después de cincuenta años; con el añadido de los dos textos inéditos del autor de Poitiers que no dejan de aportarnos cada vez más pistas para hacer nuevas lecturas de su pensamiento.

Antonio MORENO PARRIZAS

BEUCHOT, M.: *Hermenéutica analógica, símbolo y ontología*. México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2010, 166 pp.

Hace tiempo que el itinerario filosófico de M. Beuchot cruza los dominios de la ontología y la metafísica. Enriqueciendo su vasto saber en cuestiones de semiótica, de unos años para aquí el autor viene trabajando en lo que él mismo ha denominado una hermenéutica analógica; las últimas obras de este prolífico filósofo así lo atestiguan. De hecho, este libro prolonga este esfuerzo no solamente insistiendo en los fundamentos que la sustentan, sino también tratando de dar más recorrido a la intuición que la anima.

De lo que el texto se preocupa, anuncia Beuchot, es de hacer que la ontología y la metafísica devengan nuevamente relevantes para el hombre. Por ello conviene mostrar que los profetas de su superación o anulación no hacen otra cosa que reivindicarla, aunque ciertamente de otra forma. Nietzsche, por ejemplo, introduce no pocos elementos ontológicos en su obra, sostiene. No busca desterrarla como tal, sino solamente exiliar del panorama filosófico aquella ontología insulsa, eidética y altamente ineficaz. La demanda

nietzschiana de poner la metáfora como punto de apoyo para un pensamiento ontológico es leída por Beuchot como la presencia de una genuina inquietud especulativa en el padre del (así llamado) nihilismo. Nietzsche ve, en términos kantianos, a Dionisio como el noúmeno y a Apolo como el fenómeno (p. 24), algo en lo que ya se anuncia el reto a superar: la dualidad establecida entre lo aparente y lo real, el sentido y la referencia. A eso precisamente, apunta Beuchot, es a lo que se dedica la ontología analógica que viene esbozando.

Diferente es el caso de Heidegger y la crítica a la metafísica. Para Beuchot su concepción de la misma adolece de un mayor conocimiento de la analogía. Su concepto del ser es demasiado unívoco (quizás por la influencia del escotismo, apunta) y poco sensible a la multiplicidad del decir del ser, por eso es totalmente pertinente la crítica de Lévinas: el intento heideggeriano es totalitario, abstracto. Si el que fuera profesor en Freiburg puede achacar un olvido del ser a la historia de la metafísica, también puede decir que él tuvo un olvido de lo ente en cuanto tal, como lo otro que aparece en el horizonte de la experiencia mundana, que en sí mismo es experiencia ética. Para Beuchot si algo puede permitir sortear los lazos de la onto-teo-logía es justamente la analogía y su flexibilidad esencial para decir lo múltiple y lo uno de una forma sugerente.

Que hay sed de ontología es algo que para nuestro autor es indudable. En el tercer capítulo de la obra hace un somero repaso de las posiciones más recientes y relevantes al respecto: Foucault, Derrida, Marion, Deleuze, Vattimo, Grondin; “*ya se siente un cambio, y ¿por qué no?- un renacer de estas cuestiones*” (p. 72), dice. Pero eso no es suficiente. Si una revisión de la ontología es posible, solamente lo será en y por la hermenéutica; y no cualquiera: u2ermenéutica que privilegie lo referencial anularía el sentido y con ello la